

guesías locales, “aún falta por escribirse la historia de estos inmigrantes en tiempos más actuales” (p. 251).

Este libro es un esfuerzo sobresaliente por poner en un solo lugar los estudios y análisis más actuales sobre la materia de una manera ordenada; proporciona una visión panorámica durante dos siglos completos, aunque se trate de una mirada iconoclasta que todavía está en espera de una conceptualización más abarcadora; estamos en espera, justo es decirlo, de una idea más grande que nos ayude a entender el papel de los inmigrantes en el desarrollo de los negocios en México.

FROYLÁN ENCISO

Gladys Lizama Silva (coord.), *México y Cuba, siglos de historia compartida*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2005, 343 pp.

Cualquier buen mexicano sabe que Juárez no debió de morir, porque si Juárez no hubiera muerto, otro gallo cantaría, la patria se salvaría y México sería Feliz. Yo lo aprendí en *Salón México*, película en la que Emilio Fernández como director y Gabriel Figueroa como fotógrafo incluyeron ese danzón patriótico entre sus temas musicales. Es también uno de los temas clásicos de Acerina y su Danzonera. Pero imaginen ustedes mi sorpresa cuando leí, en la introducción de Guillermo Cabrera Infante a la edición del Círculo de Lectores, Barcelona, 1997, de los *Diarios* de José Martí, que “Los cubanos lamentaron durante décadas la desaparición de Martí. Hasta hay una cuarteta que se empezó a cantar en 1900 y se canta todavía, que dice: ‘Martí no debió de morir, ay, de morir. / Si Martí no hubiera muerto, otro gallo cantaría, / la patria se salvaría y Cuba sería feliz. / Martí no debió de morir, ay, de morir’.”

Estas influencias y coincidencias están presentes en la vida de las naciones cubana y mexicana, a veces como datos comprobados, a veces como meras leyendas: todos sabemos que Martí fue un pretendiente exitoso nada menos que de la desdeñosa Rosario, asunto que llevó al suicidio a Manuel Acuña. Bueno, eso es algo que nos pasa. Ya ven ustedes: la Malinche con Cortés y hasta el embajador Antonio Garza, que ya se llevó a la flor más bella de la bolsa de valores. Pero el imaginario mexicano llega al rescate para contarnos que, a la llegada de Martí al puerto de Veracruz, le es presentado el novio de su hermana recientemente fallecida: el joven Venustiano Carranza, dato que no encontré en los siglos de historia compartida que nos ocupan. Probablemente no sea cierto, pero sería reconfortante que lo fuera.

Quise iniciar mi comentario de esta manera para ilustrar, si no lo puedo explicar, por qué los libros de Cuba y México, aun cuando se escriben con propósitos estrictamente académicos, no pueden ser políticamente asépticos. Cuba ha tenido una historia tan vehemente y trágica como la de México, pero además, podemos aseverar que la historia de su relación ha sido igualmente intensa. Y algo de ello se transmite también a sus libros.

El libro que sale con el sello de la editorial de la Universidad de Guadalajara, *México y Cuba, siglos de historia compartida*, contiene una interesante mezcla de historia y de política. No solamente por su contenido. También por su oportunidad. El año 2002 se cumplió el centenario de las relaciones entre México y Cuba. En algún grado que no sé medir, la efeméride influyó en la decisión de que fuera Cuba el país invitado a la reconocida Feria Internacional del Libro de Guadalajara en ese año. Cuando se celebraron la feria y el coloquio que dio material al libro, los gobiernos de México y Cuba estaban trenzados en el principio de lo que ha sido una serie de incidentes, gazapos y desaguizados diplomáticos. Cuba se hizo representar en la feria por la que “fue quizá una de las delegaciones más numerosas que han asistido, la más alegre, bullanguera, colorida y sensual, pero también la más polémica y politizada”, nos dice la doctora Gladys Lizama, eficaz coordinadora de la publicación. Si consideramos que la delegación brasileña, un año antes, fue de sesenta personas y la cubana de algo más de cuatrocientas entenderemos por qué en la cancillería se hablaba, más que de una delegación numerosa, de “la toma de Guadalajara”.

En los dos primeros ensayos de este libro, los de Arturo Sorhegui, encontramos la articulada explicación del papel que desempeñaron Cuba y Nueva España, La Habana y Veracruz en la organización del imperio transatlántico que, ante la magnitud de la empresa, “el acontecimiento más importante después de la creación divina del universo” —cita el doctor Sorhegui a Gómara—, no tarda en distinguir entre “las islas inútiles”, calificativo que todavía resienten las “West Indies”, y los enormes territorios que deben ser divididos en virreinos y capitanías para su administración. Hasta cierto punto, La Habana y Veracruz se van convirtiendo en los polos de control del comercio y la explotación desde España de la Nueva España y se organizan las flotas, los puertos y las fortificaciones frente a los filibusteros, corsarios y la implantación en las ya no tan inútiles islas de las compañías comerciales ya netamente capitalistas por parte de Holanda e Inglaterra. La España del *plus ultra* se hace conservadora, resiste las reformas y rehúye el naciente capitalismo.

Por su parte, Horacio Crespo deja ver cómo la producción azucarera mexicana, vieja como la colonia, es un importante capítulo de la economía nacional, pero, salvo cortos episodios, destinada principalmente al mercado

interno, hasta que Estados Unidos le canceló a Cuba su cuota del mercado norteamericano al inicio de la Revolución, y México incrementó su producción en la misma medida en que accedió a dicho mercado. No parece que pueda decirse que el azúcar haya sido un elemento importante en la relación Cuba-México pues, aunque en los dos países la producción azucarera fue grande, nunca fueron competidores fuertes. Ni siquiera en esta última etapa en que la crisis es menos del mercado que del producto mismo, que empieza a ser sustituido por fructosas de maíz y otros productos que le restan competitividad.

La lectura del artículo de Sergio Valerio Ulloa, “Del cañaveral al ingenio”, es especialmente informativa. Subtitulado “La producción de azúcar en Jalisco durante el porfiriato”, da pormenorizada cuenta de los procesos de elaboración del azúcar. ¿Sabían ustedes que el jugo extraído a las cañas en los trapiches era purgado para obligarlo a defecar? Pues sí. “La defecación era la separación del guarapo o jugo de las materias solubles e insolubles, y se llevaba a cabo mediante la agregación de cal al jugo de las calderas cuando estaba a punto de ebullición.”

El artículo “Identidades en tránsito, culturas de migración en la caña de azúcar”, de Olga Cabrera, ofrece una interesante visión de las identidades convergentes en los centrales azucareros cubanos en las que se perciben, más que las raíces culturales, el rizoma, el tallo horizontal y subterráneo: “Sin duda —dice la doctora— los centrales azucareros cubanos, adonde arribaron hombres de diferentes religiones, etnias, lenguas, costumbres, culturas pueden ser el lugar ideal para identificar estos procesos de formación de identidades que transcurren de forma espontánea, abiertos, en el mutuo respeto de las diferencias, aún mediatizados por las identidades ideológicas construidas por las elites de la sociedad envolvente nacional.”

El tema que verdaderamente anuncia el título del libro es el del artículo de Sergio Guerra Vilaboy, “Contrapunteo histórico cubano-mexicano. Del siglo XVI a la Revolución mexicana”. El artículo trata del movimiento, los contactos y las influencias de la gente. Es mi opinión, pero la defiendo con la información de Guerra Vilaboy, que es en ese contrapunteo donde se instala la esencia de la vinculación. A partir de nuestras luchas de independencia surgen casos y episodios de internacionalismo, de exilio, de prisión, de fuga, unos en la tierra de los otros: Fray Servando y Joaquín Infante, el compañero cubano de Francisco Javier Mina, que compartieron prisión en San Juan de Ulúa, en Veracruz, y La Cabaña, en La Habana; al igual que los proyectos y conspiraciones, las logias y las legiones para la liberación de Cuba y las fantasías acerca de una Cuba mexicana. Los independentistas cubanos en el México independiente; los colonialistas mexicanos en Cuba, y siempre luchadores y artistas de un lado en el otro. Éste es el último capí-

tulo del libro que puede sostener el carácter puramente académico. Hasta ahí el libro enseña e informa. Los siguientes tres artículos son para discutir. Supongo que esto se debe a que los temas se hacen contemporáneos y el libro llega a la actualidad y la actualidad no es historia, es política.

El siguiente artículo, el que lleva por título "Cuba-México. Exiliados", de Carlos Martínez Assad, parte de dos aseveraciones que afilian al autor a la percepción globalista de Occidente y descalifican a Cuba, a su Revolución y a su líder. "Cuba a la hora del fracaso del socialismo real y del desmembramiento del bloque soviético, México y América Latina a la hora de la transición democrática, Cuba y México a la hora de la hegemonía mundial de Estados Unidos, Cuba a la hora de Fidel Castro desfasado del tiempo que rige el planeta, según las diferentes posiciones de un espectro que va de las derechas a las izquierdas", nos dice el autor, y concluye: "México asumió la defensa de la Revolución cubana reconociendo de inmediato a su gobierno y eludiendo las resoluciones anticubanas de la OEA." Aquí hay que corregir; México no reconoce gobiernos, ése es el legado de don Genaro Estrada. México continuó con el gobierno revolucionario las relaciones que tenía con Cuba y, sí, se mostró solidario frente a los ataques del ministerio de colonias.

La reseña de los hitos en la historia de la Revolución es, necesariamente, incompleta, pues ese medio siglo vehemente e impetuoso en la historia de Cuba y de nuestra región abunda en episodios que merecerían ser tomados en cuenta. Su función es preparar el terreno a varias páginas de lamentos por la suerte de los literatos desafectos a la Revolución. Pero es una reclamación por aplauso y privilegio que no se acredita en el mérito y escatima el sacrificio. Y se convierte en un alegato que le exige a la Revolución las condiciones que ofrecería si no existiera el asedio.

Hay otros dos capítulos que se ofrecen como un sexto toro en una corrida, de regalo. Son dos trabajos, excelentes trabajos por cierto, que se resumen en el título de la última parte del libro: "Algunos matices de la historiografía contemporánea." Y se elige un trabajo de Arturo Lomelí sobre la magna obra de Daniel Cosío Villegas, que se centra en los criterios vertidos por don Daniel acerca de Porfirio Díaz y su desempeño como héroe, político, golpista, gobernante y dictador. El artículo, que no menciona la palabra Cuba, termina con una moraleja:

Preocupado por no repetir los errores del pasado, don Daniel se refugia en la historia cuando considera que la Revolución [mexicana, hay que aclarar] ha perdido su impulso constructor y comienza a reproducir los vicios del régimen al que derribó. Por eso es importante recordar la tercera y más importante causa a la que atribuyó el derrumbe del porfiriato, pero que lo mismo puede aplicarse a cualquier régimen que no reconoce los cambios de la sociedad que trae consigo el paso del tiempo y que se cierra a la crítica.

Y cita a don Daniel:

El hecho mismo de su longevidad, de su éxito, de su poder incontestable, creó en él un engreimiento que hacía menospreciar y aun condenar todo disentiimiento, sin tomarse la molestia de examinar su origen, calibrar su fuerza, descubrir su sentido y menos aplacarlo por otros medios que no fueran el desdén, o en casos extremos la represión. También produjo una quiebra en el régimen todo, y muy particularmente en su anciano caudillo, la falta de sensibilidad para advertir, admitir, aún impulsar, los cambios necesarios.

Los lectores tendrán que decidir si toman la cita como un homenaje a don Daniel, a su obra y a su sabiduría, o si encuentran en ella una simple petición de renuncia a Fidel Castro. Por mi parte no encuentro otra razón para incluirlo en el libro que la intención militante contra la Revolución.

El artículo final es un trabajo de Félix Julio Alfonso López, de la Universidad de la Habana, dedicado a don Manuel Moreno Franginals y su obra como historiador, marxista y figura destacada en la cultura cubana. Como hombre de pensamiento, Moreno Franginals era crítico, audaz y su obra ha “[...] quedado como una provocación teórica y un estímulo político a la hora de re-escribir nuevas versiones de la historia de Cuba, añadiéndole todo lo novedoso y útil que sirva para decapitar viejos y recientes prejuicios y manipulaciones, que es en suma lo que siempre trató de hacer Manuel Moreno Franginals”.

La última media página de este trabajo, munido de aprecio por el personaje y de honestidad intelectual, incorpora el siguiente párrafo:

Muerto en la primavera de 2001, a los 80 años y en plena faena creadora, a pesar de la enfermedad que lo aquejaba, vivió sus últimos años debatiéndose en el dilema del exilio voluntario que acompañó su vejez, desencantado, desencantado de la Revolución cubana en medio de la crisis finisecular (radicó en Miami, capital del exilio político cubano, en 1994) y lo que llamó ‘su reconciliación con Prometeo’ o sea con las ideas marxistas que defendió en la mayoría de sus ensayos y casi toda su vida.

Me queda la impresión de que, sin mengua de la calidad del trabajo de Félix Julio Alfonso López, éste es el párrafo eficiente en la decisión de incluir el artículo en el libro.

En México no se puede mencionar el nombre de Cuba sin romper el sosiego de una conversación. Hace ya medio siglo que Cuba implica revolución y eso despierta a veces querencias y a veces rechazos, pero siempre pasiones. Eso explica la necesidad de un libro como el que coordinó la doctora Lizama Silva y explica también que, a pesar de todos los esfuerzos por

la asepsia, la política, la apasionada política, siempre estará presente. Como lo está en mis comentarios.

GUSTAVO IRUEGAS

Víctor L. Urquidí, *Otro siglo perdido; las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*, México, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 2005, 568 pp.

Este libro de Víctor Urquidí es un libro póstumo y, por ello, tiene un doble valor. Escrito a la antigua usanza cepalina (de la CEPAL), tiene un enfoque regional: la América Latina en su conjunto. El propio autor nos dice que originalmente lo escribió en inglés, a fin de someterlo a la consideración de editores estadounidenses, pero que éstos no se interesaron por él, por tratarse de un análisis general de una región (p. 20). El autor también nos dice en el prólogo que el análisis regionalista ha caído en desuso y que la región latinoamericana, “hoy fraccionada y con grandes asimetrías internas, no puede [...] tratarse como un gran conjunto, sino en forma de análisis subregionales y con atención a las características especiales de determinados países” (p. 23).

El título del libro, *Otro siglo perdido*, encierra su tesis principal: América Latina después de dos siglos de vida independiente no ha logrado salir del subdesarrollo. La Argentina de los años veinte y treinta, en mi opinión, podría ser la excepción, pues llegó a alcanzar altos niveles de desarrollo atendiendo a indicadores tales como ingreso *per capita*, alimentación, salud y educación. Pero su economía tenía una base agraria de exportación concentrada en solo tres productos, carne, trigo y lana, que, aunque de primera necesidad, la hacían muy endeble frente a los cambios internacionales, como ocurrió con la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, según Urquidí hubo un periodo de excepción en el largo siglo de oscurantismo económico: “la edad de oro del desarrollo” o sea la industrialización acelerada del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Aquí resalta con fuerza la influencia cepalina en el pensamiento del autor (o a la inversa, pues él influyó también en la CEPAL). Éste fue el periodo en que se puso en práctica la tesis de la CEPAL de fomentar la industrialización a base de políticas de sustitución de importaciones. Éste es también el periodo “de oro” en el que coincidieron grandes pensadores latinoamericanos, en materia económica y social, de los que fue colega Urquidí. Entre éstos se cuentan Raúl Prebisch, Celso Furtado, Osvaldo Sunkel, Aldo Ferrer, Aníbal Pinto y Fernando Enrique Cardoso, para men-